

ESPAÑA VISTA POR MAQUIAVELO Y CAMPANELLA O DE LA RAZON A LA PASION DE ESTADO

Como ejemplo característico del choque cultural describe sugestivamente Spengler el contraste entre el mundo cretense y el griego primitivo, representado, respectivamente, por las ciudades de Knossos y Micenas: «Dos mundos se hallan frente a frente. El uno lleno de oscuros presentimientos, cargado de esperanzas, ebrio de pasión y de actividad, prospera lentamente hacia el futuro... El otro, alegre y colmado, descansa entre los tesoros de una cultura vieja.» De una manera irreflexiva, más por asociación de sentimientos que de ideas, parece que este párrafo hace evocar el contraste que se produce en el siglo XIV entre Italia y España. Salta a la vista que el paralelismo no es completo; es cierto, sí, que a la joven nación española, aún tosca e inexperta, pero cargada de vitalidad explosiva, le estaba reservado un futuro inesperadamente risueño; no es menos cierto que Italia era la depositaria de una vieja cultura que había sabido hacer renacer con nuevos valores; no lo es, en cambio, que Italia fuese absorbida por España, como Creta por Grecia, puesto que, en realidad, al unir su suerte con España, conocieron aún ambos países dos siglos de esplendor en todos los órdenes. Pero, prescindiendo de estos detalles, es obvio que en el caso que nos ocupa no se puede hablar de dos culturas diferentes, puesto que tanto España como Italia pertenecían a la común cultura cristiana, occidental, mediterránea. Y esto, entendida la cultura no sólo como lo que un pueblo produce en arte, religión, ciencia, etc., sino como algo más profundo, algo difícil de definir, pero que yace en las raíces mismas del ser y de la existencia. El espíritu de una cultura debe penetrar por doquier, en extensión y profundidad, su propia época. Con razón dice Freyer: «Creyentes de Dionisios lo eran no sólo las menades danzantes, sino también los torpes campesinos, y la fuerza de su fer-

tilidad operaba no sólo en las salvajes selvas de la montaña, sino también en los animales domésticos.» Así, para dictaminar si España e Italia pertenecen a una misma cultura, habremos de comparar no sólo su pintura románica, o la penetración del estilo gótico en ambos países, constatar la influencia de Petrarca en la poesía española o la de la escuela de Bolonia, en los estudios jurídicos de Salamanca. No basta esto, aun siendo mucho. Habrá que investigar la manera como llevan las mujeres el cántaro, sobre la cabeza o contra la cadera, conciben los hombres su dependencia del poder público, o las relaciones sexuales, reaccionan ante una ofensa de honor, se abren sus casas en terrazas y pórticos, o se recluyen en el interior. En fin, tantos y tan variados detalles en los que se refugia el cogollo de una cultura y que son capaces de suministrar-nos la clave para descifrar muchos enigmas y resolver muchas contradicciones. Porque a cada paso surgirán unos y otras, por lo menos para un observador occidental, mientras que probablemente para un chino o un indio lo que para aquél eran infinitas diferencias y matices, se reducirá a monotonía y uniformidad.

Europa es como un viejo patio de vecindad, en donde todos se conocen, cada uno sabe las flaquezas del otro y no olvida los agravios recibidos. La era de las pasiones, es cierto, para bien y para mal, se va apagando, sobre todo en lo religioso, en que todo el mundo está dispuesto a hacer concesiones que no interesan, en definitiva, ni al que las otorga ni al que las recibe. No así en materia política, especialmente, si afecta a temas nacionalistas, pues aquí, bajo la ceniza, late aún mucha brasa ardiente. Añádase a esto la especial sensibilidad histórica que el hombre europeo siente por la Historia; no se olvide que probablemente es la nuestra la única cultura en que el conocimiento y el amor al pasado no ha constituido rémora, antes bien, acicate para el progreso. Siempre se consideró la Historia como algo que pasa al hombre; hoy la historicidad pugna por introducirse en su propio ser..., ha dicho el filósofo Zubiri, añadiendo que es menester resolverse a introducir la historia en cuanto tal en la idea misma del ser. Este historicismo explica el que en nuestros días muchas gentes, que no reaccionan ante movimientos que amenazan con destruir Europa y su espíritu, están llenos de fuego sagrado cuando se trata de interpretar una figura de hace cuatro siglos, o toman partido en una guerra en que nuestros antepasados se disputaron un territorio ínfimo, con más ardor que el de los propios combatientes.

Pero ni siquiera temas de historia cultural pueden ser abordados con estricta objetividad, como lo demuestra la polémica inagotable acerca del Renacimiento, considerado por unos mera continuación de la cultura medieval, por otros fenómeno nuevo sin raíces en el pasado (1). *Historia magister vitae*, pero su enseñanza es confusa y contradictoria como la vida misma, y por eso se comprende el afán de todo aquel que la investiga por destacar de ese torrente flúido algún dato concreto que pueda servir de punto de partida o de apoyo. En una versión ridícula nadie ha expresado mejor esta actitud que Dickens en su personaje del *David Copperfield*, Mr. Dick. Pero ¡cuántos historiadores profesionales o amateurs en sus estudios se nos aparecen tan obsesionados como Mr. Dick! ¡Oh, si los hechos, si las etapas históricas fuesen tan netos como el corte de cabeza del desventurado Carlos Primero!

Todas estas consideraciones deben servir para inspirarnos mucha prudencia al intentar un examen de las relaciones entre Italia y España en el siglo XVI. Mucho se podría decir sobre aquello que tienen de común y de diferente, pero aquí bastará exponer aquello que puede ser considerado las características más salientes de ambos.

Entre los pueblos europeos, el italiano es el único que se haya propuesto la Belleza como objetivo, y cuyo sentimiento estético es tan intenso que ha conseguido no solamente crear un arte autónomo (independiente de la Religión), sino que ha tenido la pretensión de invadir otras esferas ajenas; es así que un Burckhardt ha podido hablar del Estado, de la Religión, de la guerra e incluso de la venganza como obras de arte. La crítica alemana en general, y entre los italianos, sobre todo, Gentile, han negado a esta postura estética la capacidad para captar vastas zonas de la realidad. Hoy día el existencialismo, y Heidegger especialmente, se muestran más favorables. Mientras para el filósofo italiano el artista aislado del mundo exterior es solamente un subjetivista, para el germano la visión artística consigue abarcar el sujeto y el objeto. Sin embargo, alguna cosa le falta todavía, a saber, una

(1) FERGUSON en su reciente libro *The Renaissance in historical thought* resume el estado de la cuestión aproximadamente en estos términos: el revisionismo de la concepción del Renacimiento en Burckhardt, tiende, sobre todo, a anular el contraste entre Edad Media y Renacimiento, de acuerdo con el carácter evolutivo del desarrollo histórico, tal como lo consideramos en nuestros días.

cierta intención o trascendencia, que echamos de menos apenas intentamos saber si el abrumador activo de Italia en el terreno artístico acusa un pasivo en los demás terrenos, sobre todo en el político. A este respecto es instructivo pensar que Italia, el país más civilizado de Europa, el país de tradición cultural más ininterrumpida, sea, no obstante, aquel que ofrece menor fuerza política y menor presencia en el momento en que el Continente se configura en una estructura que será la definitiva, y que se lanza a la conquista del universo. ¿Cuál es el sentido de esta incongruencia, a saber, que el país a la cabeza de Europa, el país descubridor de casi todos sus paradigmas económicos, jurídicos y estéticos, sea dominado, política y militarmente, por países mucho más rudos y atrasados, como Francia y España, y recluso en una vía muerta de la cual no saldrá hasta pasados tres siglos? No basta decir que Italia fué vencida militarmente —nunca hubo una verdadera resistencia al extranjero— o que la multiplicidad de sus ciudades-Estados fué obstáculo para luchar contra los nuevos Estados nacionales, porque esto, más que una explicación, es una tautología. La interpretación que los mismos italianos han sabido dar de esta pasividad política, a partir de Maquiavelo y de Julio II, ha sido tan cómoda como arbitraria. Ciertamente era justificado no sólo desde un punto de vista cultural, sino también político, el grito de «¡Fuera los bárbaros!», pero sería necesario pensar que si los españoles se hubieran marchado, sin duda habrían venido los turcos. Si nos colocamos en un plano menos militar, pero de gran tensión ideológica (todavía más peligrosa que la guerra), ¿Italia hubiera sido lo que es, aun en el campo artístico, si los bárbaros españoles no hubiesen frenado con la Contrarreforma a los otros bárbaros, los iconoclastas del Norte? No hay que hacerse ilusiones: la naturaleza siente horror al vacío, y de la misma manera en el orden político no puede existir un *vacuum*; allí donde una entidad política se retira, automáticamente es reemplazada por otra más pujante. Ciertamente no por un malvado imperialismo, como ingenuamente se cree, sino por una ley natural, como la Historia nos enseña, porque esta es la condición humana: lucha es la vida del hombre sobre la tierra.

Este tipo de consideraciones teóricas sobre el escepticismo italiano se encuentra, por lo demás, corroborado por las experiencias de tipo personal vividas por todos los que, en cualquier época histórica, han visitado el país. Porque, en realidad, de todas las in-

numerosas memorias y diarios inspirados a las más claras mentes europeas (Montaigne, Goethe, Sthendal, Ludwig Curtius, etc.) por su viaje a Italia, lo que más destaca es la fascinación ejercida por la vida cotidiana, en la calle, pues en ésta, más que en los monumentos del pasado, es donde palpita, siempre renovada, esta visión estética del universo.

La honestidad intelectual, sin embargo, obliga a citar, siquiera sea a título de contrapunto, una opinión contraria a la hasta ahora expuesta. Efectivamente, el profesor Barón, una de las autoridades de mayor competencia en estos estudios, en un libro titulado *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, y publicado en 1955, tiende a valorar un aspecto generalmente olvidado, cual es el de la tradición municipal del medievo italiano, que en el «Quattrocento» da su último destello en su lucha contra las tiranías. Este punto de vista, grato a los tratadistas italianos porque halaga su orgullo nacional, no cabe duda que encierra mucho de verdadero y que se suele desconocer por el extraordinario brillo de las realizaciones culturales italianas del Renacimiento.

Por otra parte, pocos pueblos presentan una vocación tan netamente moralista como el español, cuya entera historia parece girar en torno a este supremo valor. Pese a la arbitrariedad que comporta esta especie de generalizaciones, se puede afirmar que no es el Logos, sino el Ethos, es decir, no el intelecto, sino la voluntad, lo que prima entre los españoles, pues muchos han sobresalido en trabajos de pensamiento puro, ni sacrificado todo al racionalismo, mientras que, por el contrario, han mostrado gran sensibilidad todo lo que se refiere a la norma moral, sin regatear esfuerzos en su cumplimiento.

En cuanto a la actitud del alma española respecto a los valores estéticos, mucho podría decirse, pero hay que limitarse aquí a un dato altamente significativo: efectivamente, el español ha elevado a categoría de arte el toreo, es decir, ha convertido el supremo riesgo de la muerte en un arte con todas sus reglas, estilos y escuelas.

Ahora bien, ¿en qué medida semejante moralismo fundamental ha podido formar o deformar la concepción española de la vida? Los conceptos de derecho y deber, fidelidad y sacrificio, honra y dignidad, han impreso profundamente su sello en la mentalidad hispánica y caracterizado las acciones del más activista de los pueblos. De aquí una vocación ascética, una cierta desvalori-

zación de la vida que, si fácilmente provoca desprecio por la muerte, no deja de teñir de melancolía el talante nacional, según ya notaron los primeros viajeros italianos en España.

Que la esencia deba predominar sobre la existencia es algo que la raza ibérica intuye directamente, sin necesidad de reflexión. Ciertamente que a partir de estos conceptos primarios se ha producido un proceso de reflexión y reelaboración que se expresa con la máxima elocuencia en la escuela jurídica del siglo XVI. En el Renacimiento los españoles continuarán pensando de la misma manera que en la Edad Media que el poder político no debe ser absoluto, sino controlado en todo momento por las normas jurídicas, la sensibilidad popular para distinguir entre actos justos e injustos, la afirmación del derecho de resistencia, el espíritu democrático de las instituciones políticas, encuentran su correspondencia y expresión en los innumerables tratados de ciencia política que ignoran o rechazan el maquiavelismo imperante, el cual todo lo más que consigue es deslizarse bajo la forma vergonzante de un tacitismo esporádico. Se produce, así, esta paradójica situación: los españoles, que detentan la fuerza política, la someten a la norma jurídica, a la justicia; Maquiavelo, en un plano puramente ideológico, se desembaraza de todo ligamen normativo a fin de que surja con toda integridad el fenómeno de fuerza, de mando, al que, según él, se reduce la esencia de la política. En la España del siglo XVI resulta, pues, oportuna la advertencia de Schiller: «Desconfiad, noble lord, de que el bien del Estado no se os aparezca como lo justo», que, en cambio, carecería totalmente de sentido para el Florentino, a quien nunca se le ocurriría que sea necesario hacer pasar como justo lo que es políticamente útil.

Por lo demás, esta concepción moralista común al pueblo y a los estatistas y tratadistas ha sido insuperablemente expresada en el tipo literario que simboliza el genio de la raza, Don Quijote, para quien las acciones humanas se modelan únicamente por su vínculo a un orden trascendente, por su moralidad intrínseca y no por la repercusión que puedan tener en el mundo exterior.

Ahora bien, ¿cuál es la razón de someter a España al juicio de Maquiavelo y Campanella? Se ha visto cómo un análisis un poco detenido confirma la opinión tradicional y generalizada de que Italia es fundamentalmente un país en que los valores estéticos han preponderado sobre los valores éticos, mientras España ofrece el ejemplo contrario. Bien entendido que un contrario relati-

vo, pues por debajo de la diversidad europea yace una esencial unidad. «Europa es vistosa cara del mundo, grave en España, linda en Inglaterra, gallarda en Francia, discreta en Italia...», así enumera Gracián en su *Criticón* las distintas facetas continentales. Pues bien, esta unidad interna explica que cada país, aun siguiendo su vocación propia, no haya desconocido ni abandonado del todo otras llamadas o tendencias. Ciertamente que Italia es un caso aparte, pues es la que ha inventado no sólo el arte, sino la economía, el derecho, y también la política para toda Europa. Así, pues, no será difícil que ese esteticismo italiano no incluya una cierta vocación política, si bien concebida muy intelectual y reflexivamente; los italianos no se comportan políticamente, pero piensan y escriben sobre política con tanta sagacidad como pintan o esculpen. A la inversa, España, país reactivo a la visión artística del mundo, llegará con Velázquez quizá a alcanzar a la propia pintura italiana.

Los italianos, cuando se han ocupado de política, lo han hecho «more» estético y así fundamentalmente (Maquiavelo es buen ejemplo de ello, como luego veremos) ha podido elaborar Burckhardt su famoso concepto de la política como obra de arte. Será, pues, interesante, analizar cómo han reaccionado los pensadores políticos italianos ante el fenómeno político más considerable de la época: la brusca ascensión española a la supremacía mundial. El tema es demasiado ambicioso y aquí habrá que limitarse a dos nombres que marcan, probablemente, el apogeo y el fin de esta gran época: Maquiavelo y Campanella.

No es del caso trazar la historia del acercamiento español a Italia que obedece a un movimiento general europeo de atracción, como el acero al imán. Aparentemente el acero, instrumento bélico por excelencia, es el más fuerte, pero en realidad se rinde a la suave, aunque irresistible fuerza de atracción. De la misma manera en la relación amorosa, el hombre, presunto conquistador, es conquistado por la mujer. Así, independientemente de motivos ocasionales, que en el caso de Alemania será la quimera del cetro imperial unida a la mágica sugestión del Mediterráneo sobre el hombre nórdico, en el de Francia y España, la expansión hacia nuevos territorios, la última «ratio» de este deslizamiento natural, como por un plano inclinado, es más profunda que todo eso. Italia había simbolizado a lo largo de toda la Edad Media, junto con el recuerdo de la Antigüedad, la promesa de su Renacimiento.

to, y ahora, cuando éste llega, con mucha mayor novedad que tradición, la superioridad cultural italiana es tan grande que todos pretenden beber en sus fuentes.

Francia y España, robustecidas respectivamente durante la guerra de los cien años y la reconquista contra el moro, en lugar de enfrentarse directamente lo harán en Italia, objeto de sus apetencias. Es un hecho que, pese a la común insolente rudeza de guerreros conquistadores, los italianos encajaron con los españoles mejor que con los franceses. Quizá que para los españoles, propensos a la melancolía, la equilibrada mezcla italiana de sensualidad y espiritualidad, resultase más atrayente que para los racionalistas y sensuales franceses. Lo cierto es que en el momento en que América ofrece al español sus fabulosas riquezas, éste lo que busca y encuentra en Italia es, nada más y nada menos, que la Felicidad. Lapidaria e insuperablemente ha sido expresado este sentimiento: «España mi natura, Italia mi ventura».

Pero no se trata aquí de lo que atraía a los españoles a Italia, sino del juicio que su venida mereció a un testigo excepcional como es Maquiavelo. Vivió éste del 1469 a 1527 y, por tanto, sus últimos años coincidieron con la afirmación de la hegemonía española en Italia.

Mucha preparación y mucha audacia serían necesarias para pretender plantear por cuenta propia el problema de Maquiavelo. Después de tantas investigaciones sigue siendo un misterio lo que fué su personalidad y lo que quiso ser su obra. Y felizmente esto constituirá para siempre una incógnita. Digo felizmente porque acaso uno de los afanes más funestos de la moderna ciencia racionalista es su pretensión de claridad y seguridad. Este es un triste legado de Descartes, porque la realidad que se nos ofrece, los hechos de nuestra vida anímica no son nunca claros ni seguros, y en verdad se trata de una dulce incertidumbre, pues la vida sería imposible sin estas zonas de penumbra que alternan con la cegadora luz de la lógica. Pero, además, de todos los objetos que se ofrecen al conocimiento, el hombre es el único que posee la capacidad de ocultarse; así el hombre no sólo engaña a los demás, sino que se engaña a sí mismo y en definitiva se desconoce a sí mismo. Más aún, a diferencia de los seres de la naturaleza que no son equívocos, el hombre es contradictorio: se contradice y se desdice, y quizá sea éste el signo más cierto de su libertad. Porque la Libertad, la verdadera, no es impuesta, más bien que querida; es una ley

que se nos impone y no algo subjetivo. La mejor prueba son esos cambios súbitos y radicales en nuestro ánimo que sorprenden más que a nadie al propio protagonista.

Se comprende que una personalidad genial, como es la de Maquiavelo, no se deje captar sin más, para ser encasillada y fichada como puede hacer el naturalista con una mariposa. De aquí el desconcierto de los investigadores históricos, que no descansan hasta clasificar perfectamente el objeto de sus pesquisas, ante una figura como la del florentino.

¿Cómo explicarse tan diferentes interpretaciones de una misma personalidad? ¿Fue Maquiavelo un racionalista o un voluntarista?; ¿un político realista o un pensador idealista?; ¿un hijo de su época o un no conformista?, y, en este caso, ¿un retrógrado o un progresista?; ¿liberal o reaccionario?; ¿indiferente o patriota?; ¿ingenuo o astuto?; ¿demonio o héroe?

Las consideraciones que hacíamos poco ha sobre las limitaciones del conocimiento humano, nos ayudarán a afrontar el problema, por cuanto de antemano partimos con la sospecha de que sea irresoluble. En el caso presente se añade, a la dificultad genérica, la específica de que Maquiavelo no es sólo un hombre, un literato, un pensador, sino además, y sobre todo, un mito. Es decir, que la figura del hombre y escritor Maquiavelo se ha recubierto a lo largo de los tiempos de tantas interpretaciones, que es prácticamente imposible discriminar lo que es propio y lo que es ajeno, o sea, aportado por los otros, por la tradición, por la fama, por la denigración.

Por lo demás se podría intentar demostrar que esas condiciones o cualidades que se tiende a mostrar en oposición, como términos disyuntivos, pueden, en realidad, ofrecerse acumulativamente, en existencia sucesiva, cuando no simultánea:

1.^a En cuanto al término racionalista parece incuestionable, pues por definición resulta Maquiavelo padre de la razón de Estado, habiendo aplicado a la política el incipiente racionalismo de su época. Hans Freyer ha recordado bellamente los orígenes olvidados de este racionalismo cuando ha dicho que «el reino de la razón empieza en pleno reino de Dios», como lo demuestra el hecho, bien conocido, de que fue la Iglesia la primera institución que se racionalizó (2). Por supuesto que ya no se trata del Logos

(2) VON MARTIN.

universal, sino de la razón individual; lo que era esencia de Dios se convierte ahora en esencia del hombre. Es esta la primera de la serie de secularizaciones que va a realizar la Edad Moderna. Digamos, de pasada, algo importante, y es que frente a la aplicación por Maquiavelo del método racionalista a la política se opone un criterio moralista: la razón de Estado repugna a la ley moral. Durante siglos éste ha sido el único reproche dirigido al maquiavelismo, mientras que en nuestros días es la razón misma, es decir, la racionalidad misma de esa razón lo que se hace problemático (3). Se comprende mejor ahora el error del maquiavelismo que ha aplicado un criterio meramente racionalista, ahistórico, a entidades históricas como la Sociedad y el Estado. Constantemente aparece en la obra de Maquiavelo la afirmación de que el mundo ha sido siempre el mismo, desconociendo totalmente la idea de una evolución de la humanidad, lo que ya le mereció las críticas del propio Guicciardini.

El racionalismo de Maquiavelo, visible en toda su obra, se manifiesta incluso en aquel famoso pasaje epistolar que, y esto es lo importante, contiene probablemente la más entrañable de su persona, de su intimidad. Hablando con los antiguos, que son su manjar, su comunión espiritual, lo que hace justamente es «domandarli della *ragione* delle loro azioni».

Para bien y para mal fué, pues, Maquiavelo un racionalista, un hijo de su época. Pero, por serlo, fué también un voluntarista, ya que el Renacimiento en su fundamental línea filosófica siguió a San Agustín y no a Aristóteles, y, por tanto, valoró menos el intelecto que la voluntad. Esta, como se ha complacido en señalar Dilthey, señorea en todo el mundo Renacentista.

Trazando su panorama de la vida italiana en el siglo XV, que es sensiblemente igual al de Burckhardt, Dilthey concluye que «por doquier, incluso en la degeneración, aparece el pensamiento romano de dominio». Este fenómeno general italiano se repite en el individuo Maquiavelo; pese a sus flaquezas e infidelidades, pese a su falta de carácter, éste «renovó el pensamiento romano de dominio». Según esto, Maquiavelo, que es un débil, siente, como todos los débiles, la fascinación de la fuerza, del poder, y no ve en la vida política sino ese elemento de coacción, de violencia que es, ciertamente, importante, pero no el único.

(3) LUIS DíEZ DEL CORRAL.

2.^a Realista. Este adjetivo, como el de racionalista, le viene a Maquiavelo como anillo al dedo. Maquiavelo es realista, como el cielo azul o el mar salado.

El mismo no duda que lo es: frente a teólogos y moralistas abstractos, el florentino, bien abiertos los ojos, no quiere sino ver los hechos tal cual son y no como deberían ser (4). Ningún dogma, ningún prejuicio, deberá perturbar esta clara visión de la naturaleza humana y de las relaciones políticas. La única regla es que no hay reglas, y que todos los medios son buenos para conseguir el fin, que es el ejercicio del poder. La intención maquiavélica es clara, pero este sedicente realismo no está tan exento de pasión como pretende y, en definitiva, ve sólo lo que quiere ver. Nadie puede negar el aspecto de lucha despiadada que tiene toda política, pero no por eso dejan de ser realidades los sentimientos religiosos y morales que, aunque ajenos a la esfera de la política, tampoco por eso dejan de influir en ella, y son, por tanto, elementos que el hombre de Estado deberá tener en cuenta. La limitación con que aquí opera Maquiavelo responde a una visión simplista y localista del problema: su política, pese a geniales atisbos, no pasará de ser una política de aldea, siquiera esta aldea sea Florencia. En un momento histórico en que el universo entero se descubre y se constituyen los Estados modernos, Maquiavelo no ve más allá de su pequeño mundo de los Médici y los Soderini. Esto le conducirá a una estimación inexacta de los valores políticos y a juicios erróneos sobre la forma de gobierno. Cassirer ha puesto de manifiesto cómo el florentino se interesa casi exclusivamente por los Estados recientes, creados y mantenidos por la fuerza; en una palabra, por las tiranías, mientras que los Estados fundados en la tradición y legitimidad sólo le merecen ironía y desdén. Ello equivale a desconocer la fuerza de integración política de la monarquía hereditaria en Europa y la importancia de los sentimientos de fidelidad, abnegación, patriotismo, etc. Fundar la relación política sobre la mera fuerza y el engaño equivale a ignorar que las relaciones sociales se basan, en definitiva, mucho más sobre el amor y la confianza que sobre el odio y el recelo.

Siempre se ha dado por sentado que Maquiavelo era un pesimista y que como tal se manifiesta no sólo en sus obras políticas,

(4) En *El Príncipe* se propone literalmente: «Andare drieto alla verita effettuale della cosa» más bien que «alla immaginazione di essa».

sino, lo que es quizá más significativo, en su comedia *La Mandrágora*. Ciertamente que no falta razón al profesor Javier Conde al precisar que pesimismo y optimismo histórico sólo encajan propiamente en una visión lineal de la historia totalmente ajena al pensamiento maquiavélico. Hecha esta salvedad, Conde le considera más bien optimista, cree que de la postración y corrupción en que está sumida su época se saldrá, por inevitable rotación, hacia el orden, la virtud, la gloria.

Pero es hora ya de hablar de la tesis del idealismo que Spengler, en su arbitraria genialidad, extendió a todo el círculo de humanistas florentinos, a los que caracterizaba como soñadores. En verdad, todo fiel discípulo de la Academia platónica y, según Cassirer, Maquiavelo, pese a su «espíritu escéptico y frío» lo fué, no podría dejar de ser idealista.

Sin embargo, la influencia de Platón produce muy contrarios efectos, pues los florentinos no resultaron pintores idealistas, sino realistas, amantes del verismo, como con razón ha señalado Panofsky (5), y gracias justamente a este contrasentido pudieron crear el arte moderno. En todo caso Maquiavelo —quien, dicho sea de pasada, parece ignorar la extraordinaria floración de artes plásticas que le rodeaba—, al describir el Estado como es y no como debe ser, representa el polo opuesto a la concepción idealista del Estado propio del platonismo, y en virtud de esta inconsecuencia ha resultado ser el fundador del Estado moderno. Ello, no obstante, puede hallarse de un esteticismo de Maquiavelo en el sentido de que para él nace el Estado del cálculo y de la reflexión, como una obra de arte. König ha reelaborado recientemente la conocida tesis de su compatriota Burckhardt, según la cual, como hemos visto, Maquiavelo, ya que no un soñador, un romántico, tal como se le aparecía a von Martin, habría sido, pues, un esteta.

Veamos qué clase de esteticismo es el suyo y en qué relación está con el general esteticismo italiano. Es sabido que la visión medieval del mundo estaba dominada por la noción de «ordo», y en este sentido hay que admitir que el hombre de aquella época estaba encerrado, si se quiere, en un marco, pero también protegido por él. El hombre del Renacimiento se sentirá más libre, pero también más abandonado en un caos. El Humanismo buscará ese

(5) PANOFSKY: *Idea, ein Beitrag zur Begriffsgeschichte der älteren Kunsttheorie*, capítulo IV.

orden, sin el cual no puede vivir la sociedad, en la Antigüedad. La formación humanista de Maquiavelo, la observación de la vida política renacentista, todo ello le impone una concepción esteticista que consiste en transformar los fenómenos vitales, no ya en conceptos o principios generales, sino en imágenes tras de las cuales se desvanece toda realidad. Así, la secularización de la política se lleva a cabo por Maquiavelo precisamente empleando como instrumento la estética: la voluntad ha dejado de ser potencia ética y se reduce a puro fenómeno estético. La neutralidad maquiavélica es justamente una neutralidad estética donde sólo lo bello tiene valor. Veremos más tarde cómo opera el esteticismo maquiavélico al juzgar el caso español.

3.^a Esta interperitación que de Maquiavelo ofrece König enlaza directamete con la disyuntiva: ¿Fué Maquiavelo hijo de su época, o, por el contrario, un no conformista? La opinión general es que la personalidad y la obra del genial pensador respondieron a la mentalidad de su tiempo, y así opinan los últimos y más autorizados comentaristas. Hay que aclarar en seguida que el de Maquiavelo fué un tiempo muy especial en cuanto que su principal pretensión fué la de ser otro tiempo: el de la Antigüedad. Pues bien, en este sentido no participó Maquiavelo de las ideas de sus contemporáneos: él no creía que se pudiese restaurar la Antigüedad porque la «virtù» romana había muerto para siempre. Un paso más en esta dirección y nos encontramos de lleno en la tesis opuesta: Maquiavelo fué un no conformista, luchó contra su época. Escuchemos a von Martin: Contra el bienestar económico y el goce refinado propugna Maquiavelo la «virtù», cuya máxima expresión es la guerra; se trata, ni más ni menos, que de la «virtù» de la Roma campesina y republicana. De hecho Maquiavelo será, de todos sus contemporáneos, quien más enérgicamente flageló la impreparación militar de Italia, postulando la constitución de un ejército regular que sustituyese a los mercenarios.

4.^a Hemos llegado a la última disyuntiva. ¿Fué Maquiavelo astuto o ingenuo? Shakespeare ha expresado insuperablemente, en su tragedia *Enrique IV*, la generalizada opinión que ha creado el adjetivo maquiavélico como sinónimo de astucia y perfidia. Sin embargo, es legítimo plantearse dudas acerca de si esta fama de Maquiavelo es o no bien merecida; él se limitó a proclamar públicamente lo que otros venían haciendo tradicionalmente.

Maquiavelo pretende aconsejar a los príncipes italianos reco-

mendándoles, precisamente, todo lo que éstos ya practicaban y que tan malos resultados había dado. Si recordamos el panorama político de Italia en el Renacimiento, que Burckhardt ha descrito en páginas ya clásicas, no cabe duda que Ferrante de Nápoles, Ludovico el Moro y César Borgia no han hecho durante toda su vida sino procurar por todos los medios (engaño, traición, asesinato, etc.) la conquista, conservación y aumento del poder. Son maquiavelistas *ante litteram* y a ellos dedica toda su atención y respeto Maquiavelo, mientras que emperadores y reyes no le suscitan sino desconocimiento o desprecio. Con la excepción del rey de Francia, a quien admira, los grandes reinos nacionales no son tenidos en cuenta por Maquiavelo, quien desprecia la debilidad de Maximiliano e ignora a Inglaterra, y de España sólo valora a Fernando el Católico.

Interesa subrayar aquí dos puntos flacos: 1.º Maquiavelo al revelar las secretas tácticas del gobierno demuestra desconocer la verdadera entraña del mando político. Los *arcana imperii* no son para exhibirlos *coram populo*, y aunque se trata de valores entendidos seguirán teniendo eficacia en tanto en cuanto no se desvelen. 2.º Como antes decíamos, no parece haber caído Maquiavelo en la cuenta de que los tiranos italianos de la época que fueron sus maestros, y no sus discípulos, fracasaron miseramente, mientras que los príncipes legítimos de Inglaterra, Alemania, Francia y España prosperaron e hicieron prosperar sus países. Aun sin creer en la pureza de los métodos empleados para conseguir las grandes monarquías nacionales, es indudable que entre ellos figuraba una buena dosis de sentimientos irracionales, caballerescos, de fidelidad, devoción y abnegación que Maquiavelo desconoce por completo. Quizá que esta ceguera estimativa estuviese justificada por el hecho de que los dos grandes poderes legitimistas de Europa, a saber: Papado e Imperio, habían perturbado el normal desarrollo político italiano. Cualquiera que fuere la causa, lo cierto es que este parcialismo, consciente o inconsciente de Maquiavelo, le impedía conocer importantes realidades, como, por ejemplo, la parte esencial desempeñada en la unificación y expansión de España por Isabel la Católica, por haberse fijado exclusivamente en su marido: el astuto Fernando.

Pues bien, esta personalidad tan profunda y multiforme de Maquiavelo ¿cómo juzga el fenómeno español? Los testimonios sobre España son más bien parcos, quizá porque la cautela se im-

ponía respecto a un enemigo poderoso y cercano, o, más probablemente, porque siendo hombre poco teórico, prefería hablar de las cosas que había visto y vivido. Maquiavelo no visitó España, ni tuvo nunca trato directo con los españoles de Italia, pese a que la península estaba con relación a éstos como lo está ahora Europa: «Sous l'oeil des Russes».

Lo cierto es que nos falta, desgraciadamente, un «Ritratto di cose di Spagna» análogo al dedicado a Francia después de su segundo viaje a este país. No ofrece dudas que la unificación y centralización francesa inspiraran profunda admiración a Maquiavelo, contrastando con el desprecio que sintió por la desorganización del Imperio. No obstante, es curioso constatar cómo este genio tan mediterráneo desprecia todo lo latino: «Franceses, españoles e italianos juntos con la *corruttela del mondo*», mientras que todas sus preferencias van a alemanes y suizos.

Por lo demás ya sabemos que Maquiavelo habla menos de los países que de sus príncipes de carne y hueso, y, por tanto, hay que referirse a sus observaciones sobre Fernando. Ha habido cierta tendencia, sobre todo por parte de los comentaristas españoles, a considerar al Rey Católico como el príncipe del ideal maquiavélico. Ciertamente no le regatea los elogios: ordenado en sus gastos, libre de prejuicios, celoso cuidador del bien de su patria, conecedor de la idiosincracia nacional, etc. Con todo y con eso, y aquí parece tener el profesor Conde (6) razón frente al profesor Ferrari (7), no es Fernando su príncipe ideal, ya que le atribuye más astucia y buena fortuna que saber y prudencia. Sobre todo le reprocha haber cuidado solamente de la gloria y de la fortuna. Este ansia de reputación es la que le ha movido, en definitiva, a la empresa italiana, resultando ser «il primo motore di tutte le confusioni christiano». Aquí se contradice Maquiavelo, pues, en teoría, siempre ha alabado la fama como motivo político; lo que ocurre es que, ante el peligro, deja de ser objetivo y está convencido de que España «disegnava mangiarse» a Italia. Respecto a esto se muestra categórico escribiendo a un amigo «e senza dubbio se il Turco non fossi, io credo che gli Spagnoli sarebbono venuti a fare l'Ognissainti con esso noi». Afirmación que demuestra palpablemente cómo su horizonte político no tiene ya nada que ver con

(6) JAVIER CONDE: *Maquiavelo*.

(7) ANGEL FERRARI: *Fernando el Católico en Gracián*.

la medieval «Christianitas» y que de conocerla hubiese escandalizado a cualquier español, para quien la lucha contra el turco era algo muy diferente a las rencillas entre cristianos. Ciertamente que el filoturquismo es una constante en la vida italiana, iniciada por algunos papas, como Gregorio V e Inocencio IV, que no vacilaron en aliarse con la Sublime Puerta, pues buena parte de la opinión italiana creía que los avances de los turcos les protegían del español; cuando, en realidad, la presencia en Italia de éste se debía, en buena parte, a la necesidad de replicar a la ofensiva turca que en 1522, con la toma de Rodas y el apoyo de Argel, domina en el Mediterráneo centrooriental.

Ya que no Fernando, será el hispano-italiano César Borgia la personalidad que más admiraba Maquiavelo por el virtuosismo de su táctica, su carácter y conducta «secretísima», su disimulo y sangre fría, su capacidad de decisión. Difícil es discriminar si estas características son más italianas que españolas o a la inversa, aunque lo verosímil es que proviniesen de la sangre Borgia y no de la Vanozzi. En todo caso tampoco resulta César el príncipe ideal para Maquiavelo, según certeramente señala Conde, porque le falta el sentido de la proporción, y este lanzarse a empresas desmesuradas sí que me parece rasgo netamente hispánico. Es lógico imaginar cuánto más hubiese censurado, si le hubiese dedicado su atención, el descomunal imperio de Carlos V. Y, sin embargo, la única alusión en este sentido es más bien favorable cuando escribe que si el Imperio recayese en un rey español podría éste «in poco tempo fer tanto fondamento da se, che gli riuscirebbe ogni cosa», porque podría «muover guerra subito» y «aggiungere a questo la reputaizone». Indudablemente lo que percibe Maquiavelo con su acostumbrada perspicacia es que el Imperio en manos de España dejaría de responder a la vieja concepción medieval para convertirse en señorío mundial. Esta visión cósmica, universal, propia ya de la mentalidad barroca más que de la renacentista, agobia y desconcierta a Maquiavelo, quien tanto en la esfera italiana como en la europea, ve un pluriverso político, un equilibrio de estados. En 1527 muere Maquiavelo y con él Florencia y el Renacimiento. Recuérdese, en efecto, que según la autorizada opinión de Wölfflin, es justamente por esos años cuando se verifica el tránsito, en arte, del Renacimiento al Barroco.

Pues bien, si se tiene en cuenta todo lo que de la compleja personalidad maquiavélica se ha dicho, difícilmente podía el pen-

sador florentino, para quien Florencia es el ombligo del mundo, haber previsto, y menos aún apreciado, el Imperio hispánico y su visión del mundo. Esta era, por una parte, demasiado vieja, por todo lo que de medieval tenía, con sus elementos de religión, honor, caballería. Pero, por otra parte, también demasiado nueva, por todo lo que de Barroco tenía, con sus elementos de dinamicidad, escala mundial, etc.

Ya es más que hora de pasar a estudiar el caso de Campanella. El subtítulo de este artículo bien podría ser «De la razón a la pasión de Estado» (8), pues enunciara claramente lo que va del mundo florentino, en que aun la razón, el cálculo, parecen poder dominar el mundo, gobernar la sociedad, formar el hombre, al mundo del Barroco. Pronto cayeron aquellas ilusiones florentinas: la primera protesta contra la razón surgirá con la reforma luterana; la sociedad y el individuo no parecen disfrutar de todos los beneficios de la recién adquirida libertad, porque ésta, sin el orden y la jerarquía medievales, propende al caos; los intereses económicos no resultan tan fácilmente conciliables como parecía a primera vista, etc. Todo ello crea un clima espiritual de desasosiego e incertidumbre que acobarda los espíritus débiles, mientras a los fuertes les incita a la intervención. Este fenómeno se da en todos los órdenes de la vida, y especialmente en el mundo político. El Estado se sigue, sí, considerando una obra racional, pero sería un error creer que racional se opone a pasional, y así, en este momento histórico, el elemento de voluntad y decisión se simultanea, aunque dominándolo, con el de cálculo y reflexión. El Estado de Maquiavelo era un Estado más que racional, si se me permite el juego de palabras, razonable, es decir, moderadamente racional; el Estado de Campanella será un Estado implacablemente racional, es decir, pensando de arriba abajo, y al mismo tiempo arrebatadamente apasionado. El Estado de Maquiavelo es aún un Estado risueño, mesurado, una polis; el de Campanella es ya un Estado ceñudo, ambicioso y, digámoslo de una vez, totalitario. Significativamente imputará el napolitano al florentino «oh tu ch'ami la parte più che il tutto», porque no en vano «La città del sole» representa la primera aparición en la historia moderna del antiguo Leviathan, al que Hobbes dará su definitiva consagración.

(8) Ya anteriormente empleado por el profesor DIEZ DEL CORRAL en esta misma REVISTA.

El mundo se ha hecho grande, el hombre lo ha abarcado, pero no basta con eso; es necesario gobernarlo, y aquí se ofrece la suprema tentación a los epígonos del humanismo: el hombre, que ha dejado de ser criatura de Dios, aspira ahora nada menos que a devenir a su vez creador. Creador de un mundo no como el que nos ha dejado Dios, lleno de imperfecciones y contrastes, sino de un mundo impecable, inexorablemente perfecto. No se trata meramente de reformar, como pretendía el ingenuo humanismo florentino, sino de formar. Ha sonado la hora de la Utopía: con razón, pero no sin pasión; «cum ira et studio» se pone a planear, a planificar el utopista, en abstracto, sin la menor referencia histórica, manejando conceptos puros, categorías absolutas, como el moderno técnico lanza a la estratosfera un satélite artificial. Hoy sabemos lo que en el siglo XVI se ignoraba: que las Utopías son, por desgracia, realizables, como dice Berdiaeff, y que el poder político legitimado por la Utopía es, para Freyer, la verdadera definición del Terror. Pero ya en el siglo XVIII un espíritu sensible como Novalis había amonestado: «El hombre, queriendo hacer del Estado un paraíso, lo ha transformado en un infierno.»

El primer error de los utopistas es creer que el hombre se corrige a través de las instituciones y no al contrario, pues según el precepto evangélico no se ha hecho el hombre para el sábado, sino a la inversa, y por la misma razón San Pablo insiste tanto en el hombre nuevo que ha de reemplazar al viejo.

El segundo error es el de considerar que la unificación del mundo y de la humanidad es el objetivo final de la Historia y, por así decirlo, su culminación, su remate. En este sentido es evidente que el marxismo es el heredero directo de utopismo.

Ahora bien, que Campanella fué un utópico, no ofrece duda, en cuanto escribió la *Ciudad del Sol*. Hasta el título mismo tiene un sabor marcadamente utópico al emplear el término «sol» en lugar de «Dios», según la tradición agustiniana. El astro Sol aparece por vez primera en la historia de la humanidad con intención política en el faraón Amenopofis IV, quien al instaurar el nuevo culto solar, se hace llamar Akenaton. De él a Platón, con su mito de la caverna, a Campanella, a Luis XV «le roy soleil», parte toda una línea de adoradores del Estado y del mito solar, de fundadores de lo que Vögelin llama religiones políticas.

Más tarde se presentará ocasión de considerar la cuestión de

si Campanella fué exclusivamente un utopista o tuvo además la otra faceta de político práctico, de historiador realista.

Hay que empezar por abordar la personalidad del dominico, la cual ha venido desconcertando a la crítica, especialmente a la italiana, que hasta hace muy poco no se decidió a aceptarlo en su galería de grandes personajes. La cosa se comprende: desde un punto de vista liberal se le reprochaban sus actividades contrarreformistas; desde un punto de vista librepensador, su acatamiento a la Iglesia; desde un punto de vista italiano, el haber servido la causa española; finalmente, desde un punto de vista estrictamente científico, el desorden de sus ideas y su afición a la magia. Sin embargo, la personalidad de Campanella, toda de una pieza, es mucho menos complicada y fina que la de Maquiavelo, sin que, por otra parte, le falte ese elemento férreo que Dilthey echaba de menos en el florentino. La retención, la frialdad toscana es el polo opuesto, en lo temperamental, al ardor y al apasionamiento del «Mezzogiorno», y tal oposición se manifiesta en estas dos grandes personalidades italianas y explica el temple con que Campanella aguantó todas sus adversidades: procesos por sodomía, traición y herejía; prisión (veintisiete años); tortura.

No se puede por menos de admirar esta entereza pero, aun así, hay algo que no acaba de convencer y que impide mirarle con simpatía. Se trata de algo más instintivo que razonado, que induce a la desconfianza, sin aludir ahora a la acusación de simulación que es una de las que le han sido hechas, la cual, de haber existido, se explicaría, en parte, por la famosa revelación de su contemporáneo Paolo Sarpi: «Yo porto una maschera e sono costretto a portarla perchè senza di essa nessuno può vivere sicure in Italia». El propio Campanella aludió a esta duplicidad «i saggi senza potenza erano costretti a parlare, agire e vivere come i pazzi, benchè nel segreto del loro animo avessero altri pensieri».

Dadas las condiciones de la vida política italiana de entonces, se comprende que Campanella no estuviese dispuesto a ser públicamente sincero; más grave resulta el que no se atreviese a serlo consigo mismo. Le gustaba a Campanella llamarse «campanella sonana»; pues bien, en todo caso esta campana sonaría falsa, y ello trae a la memoria aquel verso de Góngora: «No son todos ruiseñores — los que cantan entre las flores — sino campanitas de plata que tocan al alba — sino trompeticas de oro — que hacen la salva — a los soles que adoro.» La comparación puede parecer

artificiosa, como lo es el propio verso gongorino, pero en él las campanas tocan al alba y las trompetas al sol, es decir, los instrumentos dan el sonido justo, mientras que la «campanella» lo da falso, porque no declara cuál sea el sol que verdaderamente adora.

Para un observador objetivo la lectura de los escritos campanellianos no deja lugar a duda de que el dominico creía en una sabiduría impersonal gobernadora del mundo, pero no en un Dios encarnado y menos aún crucificado. En este sentido es aleccionador el soneto citado por Blanchet, «Nella resurrezione di Cristo»: «Che ragion vuol ch'è sia per tutti visto — sol pinto e predicado fra tormenti — che lievi fur presse a'piacer seguenti — finito il colpo rio del mondo tristo — ah! folle volgo che, affissato a terra — sei, di veder l'alto trionfo, indegno — onde sol miri el di la dell'aspra guerra.» No puede ofrecerse mayor contraste con la actitud de Santa Teresa hacia Cristo: «Yo te amo más a causa de tu agonía y de tu muerte que a causa de tu resurrección». Es cierto que nada menos que San Pablo ha destacado la importancia de la Resurrección, pero en Campanella, unido a otros muchos indicios, permite la sospecha de que sentía más como deísta que como cristiano.

Sólo esta interpretación puede explicar todo el resto de la vida y la obra de Campanella y sus supuestas versatilidades políticas. En la religión nunca vió lo que esencial y primordialmente es, a saber, un camino de salvación personal, sino una teoría capaz de explicar y ordenar razonablemente el universo. Consecuentemente la Iglesia es mero instrumento de fuerza política y social para conseguir el supremo objetivo del imperio mundial. Esto no se contradice con la posibilidad de que, como pretende Meinecke, al final de la vida Campanella, y al contacto con Richelieu, abandonase la quimera universalista descubriendo por dónde iba la política real de entonces, a saber, la formación de las naciones y del Estado centralizador.

Campanella, en quien, como se suele generalmente reconocer, se entrecruzan motivos e influencias medievales (Giacchino de Fiore) y modernos (Galileo, Telesio), es, pues, un fanático del reino de Dios, pero no a la manera de un Savonarola, al que se le ha comparado, sino un fanático del totalitarismo.

Pues bien, este fanatismo voluntarista en la ideología, unido a su temperamento meridional, parece que le alejaba de la visión estética del mundo, propia del humanismo italiano y, sobre todo, florentino. De hecho Campanella es el más político, el único polí-

tico verdadero de toda esta época italiana. Su culto, a la fuerza, al poder, era mucho menos teórico que en Maquiavelo, porque él mismo era fuerte y poderoso, y no deseaba sino aplicar tales capacidades. Sin embargo, esta su pasión de mando, no pudiéndola verter en la política activa, la aplicó a la teoría de la política, y ya aquí perdió Campanella el contacto con la realidad histórica y se acercó a la visión estética. Ya hemos visto anteriormente cómo, en efecto, el utopista quiere recrear al hombre y a la sociedad con igual libertad, y también igual irresponsabilidad, que el artista forja sus obras de arte. Pues bien, la obsesión de Campanella por la unidad, la tipificación, la idealización, le impedirá conocer la realidad histórica.

Así se podría explicar que, por una parte, Campanella haya sido el máximo apologista italiano del imperio español, y, por otra, uno de sus detractores y, desde luego, el único que osó afrontarlo «*manu militari*».

Veamos, pues, las relaciones de Campanella con España. El panorama italiano desde Maquiavelo había variado, puesto que la paz de C. Cambresis había asegurado a España la hegemonía. Resulta, así, que Maquiavelo no tuvo perspectiva para prever la ya inminente victoria española, mientras que Campanella, a su vez, no alcanzó a diagnosticar la no menos inminente decadencia española. Campanella en su ensueño de unificación y en sus ansias de mando no ve sino lo que tiene más próximo, y escoge a España como el único país que puede realizar su ideal de la monarquía universal. Es perfectamente sincero cuando escribe su primera obra de apología hispánica, *I discorsi politici ai principi d'Italia*, y no, como se ha sospechado, por buscarse una coartada en un eventual proceso. Sin embargo, sintiéndose un oscuro fraile en una provincia perdida del Imperio español, su impaciente ambición le impulsa a la loca revuelta calabresa en septiembre de 1599. No tan loca como parece, si se tiene en cuenta, por una parte que, exactamente diez años antes, el desastre de la Armada Invencible había demostrado justamente que los españoles podían ser vencidos y, por otra parte, el filoturquismo italiano anteriormente señalado. Se objetará que ya Francisco I se había aliado a Solimán, pero aquí el caso es bien distinto, pues dado el enorme desequilibrio de fuerzas en la extraña alianza turco-calabresa es evidente que la aventura, de no fracasar, hubiese abierto a los otomanos las puertas de Italia. Lo importante aquí es subrayar que Campanella, en

su neutralismo utópico, estaba dispuesto a que su ideal fuese realizado indistintamente por el rey de España o el de Francia, el Papa o el turco: «Hágase el milagro, aunque lo haga el diablo». En todo caso después del mísero fracaso, Campanella, encarcelado en Nápoles, no guarda el menor rencor al vencedor, sino que reconociéndole objetivamente como el más fuerte, vuelve a prodigarle sus consejos. Algunos comentaristas italianos, en su intento de salvaguardar el patriotismo campanelliano, se esfuerzan en demostrar que lo que propugnaba no era propiamente la hegemonía hispánica, sino la del Papado. Esta interpretación deja más bien escéptico, cuando pienso en el consejo dado al rey de España: «*Servendosi del Papa per gabbare li nimici*»), aunque no niego su admiración por la Iglesia en cuanto institución racional e instrumento de fuerza. Lo que ocurre es que admiraba más aún la potencia española, ya que, con su aguda penetración, Campanella fué un mercantilista *ante litteram* que comprendió la enorme importancia económica del Nuevo Mundo. Lo que no supo valorar precisamente fué el carácter espiritual que la conquista de América tenía para los españoles, junto con la búsqueda de metales preciosos. España hubiese, sí, sacado mayor provecho aplicando un sistema colonial *di sfruttamento de sus colonias*, pero éstas hubiesen seguido siendo, en lugar de países, colonias como en el caso de la India o la Insulindia.

Mas donde mejor se advierte que Campanella es un leal consejero del rey de España en cuando se refiere a la política cultural, pues parece lógico, que ya que España poseía la supremacía militar, el napolitano desease reservar para Italia la cultural. En lugar de intentar este reparto de las armas y las letras entre ambos países, recuerda a los españoles que «*Pallade vinse ad un tempo Calliope e Marte; perchè essa possiede l'armi di Marte e le scienze di Calliope*», es decir, que sólo se es completo si se dominan las armas, las artes y las ciencias. Y no cabe dudar que ésta era de las fibras más sensibles e íntimas de Campanella si se recuerda su violenta reacción contra los célebres versos virgilianos que reservaban a Roma el gobierno de los pueblos: «*Tu regere imperio populos. Romane, memento*», abandonando las artes que, en cambio, muy bien podrían haber sido el lema de los humanistas florentinos.

Hay otro elemento que para Campanella cuenta a favor de España: la Fortuna, importantísima en la ideología renacentista. Ya se vió cómo Maquiavelo consideraba a los españoles más afor-

tunados que sabios, pero la Fortuna maquiavélica es immanente, no trasciende a Dios, que para Campanella es la *prima causa* en la *serie causarum*. Pues bien, para Campanella no ofrece duda que el ascenso hispánico a la hegemonía mundial responde a los designios de la Providencia en todos sus detalles: el juego de los matrimonios en la casa Hausburgo, el apoyo de Isabel la Católica a Colón, el periplo de Africa, el uso de los arcabuces, etc. Inútil decir que este providencialismo se asocia con una especial concepción de la Historia en cuya virtud ésta tiene una culminación, un remate que es la feliz unificación de la Humanidad: «Unus pastor unum ovile». Tres elementos: el mesianismo hebraico, el estoicismo antiguo, metáforas medievales como la de los tres reinos, del también calabrés Joachino de Fiore, han influido en la filosofía campanelliana de la historia.

El fracaso de España como pueblo predestinado ya en los últimos años de vida del dominico se va haciendo visible. Pues bien, no es inverosímil suponer, conociendo su temperamento, que su decepción como profeta superase a su satisfacción como patriota italiano.

Y esto induce a aludir aquí a la evolución política de Campanella que entra ahora en su última fase que es, seguramente, la menos auténtica. Liberado tras veintisiete años de detención, se traslada desde Nápoles a Roma, y después, a fin de alejarse definitivamente de los españoles, a París, bajo la protección más o menos directa de Richelieu. Para congraciarse con éste y también porque la estrella de Francia está subiendo rápidamente, escribirá *Le monarchie delle nationi*, en 1635, es decir, treinta y siete años después de la *Monarchia Hispanica*. Ahora bien, no parece ilegítimo estimar más sincera la apología hispánica que la gálica, y no ciertamente por motivos de simpatía, sino porque el ideal de Richelieu no es otro que el del equilibrio europeo sobre la base del pluralismo estatal, y esto, a las apetencias universalistas de Campanella había de parecer bien pobre manjar por comparación con el grandioso, aunque inseguro, imperio español. Contra éste empezará ahora Campanella a acumular vicios y defectos, movido más por un sentimiento de decepción que de venganza. Las causas de la ascensión española, dirá, residen en la fortuna, y no en los propios méritos, sino en los ajenos. Recuerda Campanella, en efecto, que las armas de fuego, el compás, la imprenta, no han sido invenados por los españoles. Aquí sí que aplica Campanella un cri-

terio meramente esteticista-cultural o procesos político-históricos. Al analizar las causas de la decadencia, lo que antes fueron ventajas en la distribución espacial del imperio español, se tornan inconvenientes: sus diversos miembros están demasiado esparcidos y ofreciendo puntos débiles como Génova, La Valtellina, Dunkerke. Más fundadas son las censuras de orden económico y demográfico, pero Campanella es injusto al desconocer que la verdadera causa de la decadencia fué la excesiva ambición, la desproporción entre medios y fines. La mejor prueba de ello es que se necesitarán tres siglos para que Inglaterra, disponiendo de la técnica moderna, se lance a una empresa imperial parecida, pues es sabido que Francia ni siquiera la intentó.

Por lo demás, Campanella nunca llegó a captar la verdadera esencia del imperio español de Felipe II, comportándose como si fuese el de Carlos V, sobre todo en su primera época en que tuvo veleidades de mesianismo universal. Carlos, por su herencia hausburgo-borgoñona, sigue aún la tradición medieval de un Sacro Impero Romano cuyo eje de gravedad es la Europa central. Felipe, por no haber heredado el cetro imperial, y por el afianzarse de los dominios coloniales, anclado en el Escorial, pero cara al Océano, piensa en otra escala distinta. Esta, por otra parte, es más reducida, puesto que deja a Europa de lado, abandonando el mito de la *Christianitas*; no en balde el más agudo de sus consejeros, el jesuita Suárez, llamará despreciativamente al imperio «magna nominis umbra». Ahora bien, justo es reconocer que Felipe II careció de ideas claras en lo que respecta a sus posesiones europeas, por aferrarse excesivamente a las ideas medievales legitimistas. El se sentía rey de los napolitanos o de los milaneses, exactamente a igual título que de los castellanos y aragoneses, y esta persistente separación entre los dos reinos hispánicos evidencia mejor que nada lo anticuado de su concepción. Pero es natural que aquel sobre quien grava la responsabilidad de la acción no tenga tiempo, ni ganas para la meditación. Se repitió, pues, en el siglo XVI, lo que antaño con la Roma republicana en que fueron los griegos Polibio y Panezio quienes prepararon las bases ideológicas del futuro imperio romano. De la misma manera de un Campanella, un príncipe, Marco Antonio Colonna, dos mentes esclarecidas al servicio de Felipe II, han elaborado, el uno desde un punto de vista más

doctrinal y el otro con un criterio más realista, el fundamento teórico, la explicación racional de lo que fué o debió ser el imperio español.

* * *

La principal conclusión del presente artículo tiene un sentido más bien melancólico, porque en estos momentos de la vida europea, cuando nos estamos interrogando con ansiedad acerca de cuál va a ser nuestro próximo futuro, es poco consolador el espectáculo de estos dos prohombres que no han sabido apreciar un fenómeno político de tanta envergadura como la constitución del imperio hispánico. Maquiavello, quien asistió sin percatarse de ello a su nacimiento y casi a su zenit; Campanella, quien lo apreció sin conocerlo y que tampoco supo prever su decadencia ni determinar las verdaderas causas de ella. ¿Influyó aquí el hecho de que estos pensadores, pese a ser los dos de mayor intención política de su tiempo, participaban de la concepción estética del mundo y de la vida genérica del pueblo italiano? Es muy posible, según los datos que ya quedaron examinados. Si el pueblo italiano hubiese mostrado mayor cohesión política, colaborando más activamente con España frente a las potencias nórdicas, quizá se hubiese conseguido un equilibrio europeo más estable que el ficticio establecido por franceses e ingleses. El elemento mediterráneo y latino, tan humanamente proporcionado, hubiese servido de contrapeso al racionalismo y materialismo. El italiano hubiese podido aportar el más rico de sus tesoros, su perfecta adecuación a la vida, sin caer en el materialismo gracias a su espiritualismo y su adecuado uso de la razón, sin incurrir en el racionalismo, gracias a su talento sensual plástico.

Pero no se debe terminar con esta evocación nostálgica de lo que pudo ser y no fué. Frente a la Historia nadie tiene razón. Consolémonos, por un lado, de lo que Italia no hizo, pensando en todo lo que la Humanidad le debe. Un español no pudo olvidar que sus hombres más grandes, Garcilaso, Cervantes, Velázquez, Quevedo, llegaron a serlo gracias a haber pasado por la escuela italiana. No menos deudores son los españoles en lo político a hombres como Maquiavello, Castiglione, Botero, Campanella; ni en lo militar a Doria, Spínola, Farnese, Colonna.

Hay que consolarse, por otra parte, de lo que España hizo o deshizo pensando que respecto a Italia cumplió según Croce, la doble misión histórica que le estaba asignada: Primera, la destrucción del Baronazgo, preparando el futuro régimen de Estado. Segunda, la protección frente al turco. Aún se podría añadir un tercer servicio que no es puramente militar y político como los anteriores, sino cultural y, por ende, tanto más meritorio porque equivale a enseñar algo al maestro. Resulta innegable la participación hispánica en la formación de ese mundo barroco poéticamente descrito en *Le soulier de satin* por Claudel. Las formas artísticas del Renacimiento adquieren ahora un movimiento, una intención nuevos, en virtud de motivos de inspiración hispánica. Sin nuevos sentimientos de sublimidad, grandiosidad, dignidad, no se podría explicar el último estilo de Miguel Angel, tan patético; el arte jesuíta; Caravaggio, tan personal e instintivo; la épica de Tasso.

Pese a sus equivocaciones y a sus litigios, el espíritu de Occidente ha sabido siempre autodeterminarse su propio futuro. Por ello la moraleja final que ha de sacarse es la de la honestidad intelectual y el amor a la verdad. Porque la ley de la evolución espiritual europea no es, como pretendía Benedetto Croce, la Libertad, sino la Verdad, la cual es además la única que, según la promesa evangélica, puede hacer libres.

EMILIO GARRIGUES

R É S U M É

Dans l'unité culturelle européenne la connexion historique entre l'Espagne et l'Italie présente un intérêt, tout spécial car leurs conceptions respectivement éthique et esthétique, offrent une grande différence. Dans le phénomène général de rapprochement avec l'Italie, le cas de notre pays présente certaines caractéristiques très singulières, qu'il est intéressant d'examiner à travers ces deux personnalités si saillantes que sont celles de Machiavel et Campanella, entre lesquelles il y a un siècle de différence, décisif dans l'histoire des deux pays.

Une fois encore on présente l'énigme de Machiavel, en partant des contradictions qui existent dans les différents témoignages pré-

sentés à ce sujet. On insiste surtout sur la vision de Machiavel sur l'Espagne; c'est-à-dire, sur ses réussites et ses erreurs en faisant le diagnostic de notre Patrie. On remarque fondamentalement le manque d'une vision historique réelle par suite d'un localisme Florentin excessif.

De la raison d'Etat on passe à l'examen de ce qu'ont peut appeller passion d'Etat, comme dans le cas de Campanella, car le moine Calabrais réalisa une transposition radicale au plan politique de tous les phénomènes culturels et spécialement de la religion. Campanella est par ses propres mérites, dans la ligne des grands utopistes.

La personnalité du penseur de "Estilo", non moins compliquée et contradictoire que celle du Florentin est alors étudiée en résumé, on peut dire que sa dévotion ne veut pas dire sincérité.

Dans l'évolution de Campanella quant à l'Espagne on analyse tout autant les causes de son hispanisme, que celle de ses haines.

Le résultat du travail engendre la mélancolie; ces deux grands hommes n'ont pas connu la vraie signification de l'Empire Espagnol.

SUMMARY

Within the cultural unity of Europe, the historical contact between Spain and Italy is of special interest, because of the marked contrast in the respective ethical and aesthetic concepts of these countries.

In the general sphere of cultural similarity between Spain and Italy, there are certain aspects which are interesting to study through such important figures as Macchiavelli and Campanella. It must be remembered that the century which elapsed between the two writers was a decisive one in the history of the two countries.

Once again the mystery surrounding Machiavelli restarted, beginning with the contradictory statements and different opinions which have been expressed about him. Above all, emphasis is given to the gaps in his misconceptions in making an assessment of our country. The truth is that the noticeable lack historical objectivity in Macchiavelli is a result of his Florentine localism.

From the examination of the reason of the state, the paper

goes on to the examination of what can be called the passion of the state in Campanella, as the Calabrian monk carried out a complete translation of all cultural phenomenon to a political level, especially that of religion. He is, viewed thus, one of the great Utopians.

A character study of the Estilian thinker shows that he is no less a puzzling and contradictory figure than the Florentine one. Briefly, it can be said that his enthusiasm did not signify sincerity.

The study of the development of Campanella's attitude towards Spain reveals the reasons for his love of our country as well as his hate for it. The conclusion of the paper is a sad one: these two great men failed to recognize the true significance of the Spanish Empire.